



ABANDOKO
SAN BIZENTE MARTIRIAREN
PARROKIA

PARROQUIA
DE SAN VICENTE MÁRTIR
DE ABANDO

Pl. San Vicente 3. 48001 Bilbao (Bizkaia)
T. 94 423 12 96
parroquia@sanvicentemartirdeabando.org

EL EVANGELIO ES BUENA NOTICIA PARA LA HUMANIDAD

“Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo”

1 de noviembre de 2023
Todos los Santos (A)

San Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles:

- Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
- Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.
- Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.
- Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados.
- Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
- Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
- Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán «los hijos de Dios».
- Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.
- Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Zorionekoak gogoz behartsu direnak.

FELICES

José Antonio Pagola

No es difícil dibujar el perfil de una persona feliz en la sociedad que conoció Jesús. Se trataría de un varón adulto y de buena salud, casado con una mujer honesta y fecunda, con hijos varones y unas tierras ricas, observante de la religión y respetado en su pueblo ¿Qué más se podía pedir?

Ciertamente, no era éste el ideal que animaba a Jesús. Sin esposa ni hijos, sin tierras ni bienes, recorriendo Galilea como un vagabundo, su vida no respondía a ningún tipo de felicidad convencional. Su manera de vivir era provocativa. Si era feliz, lo era de manera contracultural, a contrapelo de lo establecido.

En realidad, no pensaba mucho en su felicidad. Su vida giraba más bien en torno a un proyecto que le entusiasmaba y le hacía vivir intensamente. Lo llamaba «reino de Dios». Al parecer, era feliz cuando podía hacer felices a otros. Se sentía bien devolviendo a la gente la salud y la dignidad que se les había arrebatado injustamente.

No buscaba que se cumplieran sus expectativas. Vivía creando nuevas condiciones de felicidad para todos. No sabía ser feliz sin incluir a los otros. A todos proponía criterios nuevos, más libres y personales, para hacer un mundo más digno y dichoso.

Creía en un «Dios feliz», el Dios creador que mira a todas sus criaturas con amor entrañable, el Dios amigo de la vida y no de la muerte, más atento al sufrimiento de las gentes que a sus pecados.

Desde la fe en ese Dios rompía todos los esquemas religiosos y sociales. No predicaba: «**felices los justos y piadosos porque recibirán el premio de Dios**». No decía «felices los ricos y poderosos porque cuentan con su bendición». Su grito era desconcertante para todos: «**felices los pobres porque Dios será su felicidad**».

La invitación de Jesús viene a decir así: «**No busquéis la felicidad en la satisfacción de vuestros intereses ni en la práctica gratificante de vuestra religión. Sed felices trabajando de manera fiel y paciente por un mundo más feliz para todos**».